

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió ligero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencia
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
«Fuera, canalla vil... fuera, cobardes:

»Dejad, dejad arder estas ruinas;
Muerte á quien una chispa sola apague.
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo... Si abrasarse

»He visto mi esperanza, ¿qué me importa
Que el universo mísero se abra?»—
Gritando así furioso se metía
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aún se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelia;
Mas aunque trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no habia
Manera de extinguirle ó de cortarle.

—Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. A su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, miéntras el humo
Cobró aspecto más negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte.
Y entre ruinas y escombros se veía
Aparecer al despechado padre.

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo hácia otra parte:
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidia destrucción tan grande.

Duró el incendio en su furor tres dias,
Y por muchos despues quedó constante
Una coluna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
U ondeaba en brazos del ambiente suave;
O rota por el viento, se esparcía,
En niebla leve por los hondos valles.

Cuando al conde don Sancho de Castilla
La noticia llegó de tal desastre,
Voló en persona á dar al favorito
Consuelo, y del estrago á retirarle;

Y un palacio magnífico, que estaba
Entre florestas y extendidos parques
A dos leguas de Burgos, regalóle,
Para que le sirviera de hospedaje.

De él hizo su mansion casi continúa
Desde aquella desgracia Rui-Velazquez,
O por estar más cerca de la corte,
O porque Barbadillo y los lugares

Donde perdió el honor, y los tesoros,
Y al hijo, centro de esperanzas tales;
Contrarios á su nombre y su fortuna,
Y de siniestro agüero los juzgase.

El tiempo, á cuyo curso todo cede,
Consolador de penas y de males,
Llegó á calmar su pecho, destrozado
Con tantos contratiempos y desastres;

Mas quedó tan acedo, que por puntos
La violencia aumentó de su carácter;
Y si ántes sanguinario por venganza,
Despues lo fué por ansia de crueldades.

El afan de dejar un heredero
A su poder, á su fortuna y sangre,
Viéndolo por el cielo contrariado,
De la ciega ambicion en maridaje,

Le inspiró el atrevido pensamiento
De al punto celebrar segundo enlace
Con doña Sol, hermana de don Sancho;
Que ya no aspira á ménos tal magnate.

No halló en el Conde obstáculo ninguno;
Mas lo halló, sin poder sobrepujarle,
En la tenacidad del Arzobispo,
Y de su esposa infiel en los parciales.

Aquel (aunque frecuente entónces fuera
Para príncipes y altos personajes
Del matrimonio relajar los nudos,
Y aunque desde el tumulto contra Zaide,

Hácia el noble señor de Barbadillo
Complaciente en extremo se mostrase),
De celo religioso dominado,
Negóse á permitirle inexorable

Los vínculos romper del sacramento,
Y para nueva boda autorizarle.
Con este firme apoyo, los parientes
De doña Lambra osaron declararse,

Dispuestos á oponerse áun con la fuerza
A ver en su familia tal desaire;
Empezándose á alzar tan gran borrasca
Contra el omnipotente gobernante,

Que se encontró obligado por entónces
A diferir sus orgullosos planes,
Y al puerto se acogió de la prudencia,
Para salvar de su ambicion la nave.

Vióse en tan grandes sustos y zozobras,
Temió tantos venenos y puñales
En aquella ocasion, que ardió en el ansia
De arrancar á las lumbres celestiales,

Del porvenir oscuro el gran secreto,
Apelando al poder de ocultas artes;
Pues querer penetrar en lo futuro,
Es propio de ambiciosos y cobardes.

—Por aquel tiempo se mostró en Castilla
Un extraño y famoso personaje,
Dálmata de nacion, de noble aspecto,
Astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre llena,
Y corriendo sus varias capitales,
Despues de haber en Africa y en Asia
Dado fin á larguísimos viajes;

Hizo de su saber pasmosas pruebas,
Predijo con acierto acasos graves,
Y ganó cuantiosísimo tesoro,
Vendiendo raras drogas y brebajes.

Príncipes y monarcas á porfia
Tenerle en su servicio y sujetarle
En su corte quisieron, con halagos
Y con ofertas de riquezas grandes;

Mas él, independiente, jamás quiso
Ni hacer larga mansion en una parte,
Ni á servir solamente á un soberano
Y á una sola nacion acomodarse,

Diciendo ser universal su ciencia,
Y que por todo el orbe derramarse
Debía su excelso influjo, cual derrama
La luz el sol, á quien llamaba padre.

Con grande autoridad y altanería
Trataba á los guerreros y magnates,
Sentando, que la ciencia es don del cielo,
Don más sublime que poder y sangre.

Unas veces tenaz se desdeñaba
De hacer un vaticinio, aunque rogarle
Viera á sus piés á un príncipe; mas otras
Vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
Y como por milagro enfermedades
De inminente peligro; ya exigiendo
Sumas extraordinarias, ya de balde.

Acaso regalaba generoso
Amuletos, reliquias, talismanes,
Y armas forjadas bajo tal aspecto,
De temples encantados y metales;

Y tal vez codicioso las vendía,
Exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
Y de contradicciones y contrastes

Tan lleno se mostraba, que imposible
Era el saber de fijo su carácter,
Ni el modo de lograr su amor y estima,
Ni el modo de tenerle y de obligarle.

Obraba como suele un inspirado,
Ciego instrumento de poder más grande,
Y que de mano tal recibe impulso,
Que no está de los hombres al alcance.

—Este dalmata pues llegó de paso
A Burgos, donde el Conde y personajes
De admiración y obsequios el tributo
Le dieron, que lograba en todas partes.

El Arzobispo sólo demostróle
O desprecio ú horror, por contemplarle
Agente del demonio y hechicero,
Y sus ciencias ocultas condenables.

Quien con mayor afán y más estima
Se empeñó en recibirle y obsequiarle,
Dándole alojamiento en su palacio
Y un asiento en su mesa, fué Velazquez.

Una lanza compróle á peso de oro,
Obra de un sabio armenio nigromante,
De tal virtud que si tocara un monte,
Lograra confundirle y derribarle;

Y le pidió de su futura suerte
Alguna clara luz. Dificultades
Encontró el sabio en complacerle: sólo,
Movido de sus dádivas constantes,

Al tiempo de partir, con gran misterio
Le dijo estas palabras: «¡Rui-Velazquez!
No temas asesinos ni envidiosos;
De Almanzor teme el damasquino alfanje.

»En la presencia de una ilustre mora,
Jóven, doncella, hermosa, no batalles,
Si el que ella logre una corona excelsa
En el éxito estriba del combate.»—

No complació al señor de Barbadillo
Ni uno ni otro consejo, que triviales
Y vagos le parecen. Era tanta
La fama de Almanzor, eran tan grandes

Su valor, su destreza y su fortuna,
Que todos procuraban no encontrarle;
Y el combatir á vista de una mora
Para ceñirle una corona, lance

Era extraño además, y en que no había
Personalmente él mismo de empeñarse;
Ni, si acaso, poner más que el influjo
De su excelso poder y de su clase.

Despreció pues del sabio los avisos;
Mas como á poco tiempo declarasen
Guerra los moros, se quedó en la corte,
Hasta tener noticia y cerciorarse

De si Almanzor estaba en la frontera.
Al saber que se hallaba muy distante,
Del Africa corriendo las provincias,
Fué; y con una victoria asegurarse

Logró de nuevo en el poder, quedando
De enemigos y de émulos triunfante.
Varios años despues un reyezuelo
Moro vino favor á demandarle,

De una hija muy hermosa acompañado,
Contra un usurpador; y él sin mezclarse
En lucha alguna, le volvió su cetro
Con su influjo, poder, astucia y arte;

Y juzgando pasados de este modo,
Sin el menor peligro, los dos lances
A que pudo aludir el vaticinio,
Ni áun se volvió á acordar del nigromante,

Siguió siendo el tirano de Castilla,
Y cada día su favor más grande
Con el Conde don Sancho, sin que hubiese
Fuerzas que de él pudiesen derribarle.

Como entónces muriese doña Lambra,
Tornó á entablar los suspendidos planes;
Y sin temer contradicción ninguna,
Trató con doña Sol su nuevo enlace;

Mas de don Sancho la impensada muerte
Derribó sus proyectos colosales,
Como un soplo derriba los palacios
Que hacen los niños con ligeros naipes.

Subió al excelso trono de Castilla
Y á gobernar por sí Fernan-Gonzalez,
Y de sol tan radiante á la presencia
La estrella se apagó de Rui-Velazquez.

Pero era su poder tan gigantesco,
Tan antiguo, tan fuertes sus parciales,
Que de pronto y de un golpe derribarlo,
Daños ocasionar pudiera graves.

—En medio del jardín descuella un olmo,
Que como al dueño por capricho agrade,
Y como lo cultive, la alta pompa
Tiende creciendo en tronco y en ramaje:

De sol y jugos el terreno priva,
Con su sombra enfermando á los frutales,
Y robando al pensil el rico adorno
De flores, murtas, césped y arrayanes;

Mientras el cultivador enamorado
De su árbol predilecto, se complace
En verlo á costa de las otras plantas
Alzar la excelsa cima por los aires;

Durmiéndose á su sombra, y no cuidando
Que esteriliza cuanto en torno nace.
Pasa el verjel á manos de otro dueño,
El cual quiere al momento libertarle

De aquel tirano que lo asombra y seca;
Mas no fuera prudente, si intentase
Por el pié á golpe de segur cortarlo;
Porque los edificios y tapiales

Arruinara tal vez á su caída,
Causando en rededor estragos grandes.
Trata pues de cortar brazos y ramas,
De trozar luégo el grueso tronco en partes,

Y de irle destruyendo poco á poco,
Sin que ruinas ni peligros cause,
Aprovechando su bambolla en leña,
Y sus ramas y cuerpo en maderámen.

Así con el antiguo favorito
Obligado se mira á manejarse
El nuevo Conde, y si aún el árbol vive,
De muerte tiene el sello irrevocable.

La libertad del noble Gustios Lara
El primer golpe fué: de lo restante,
Trayendo el Moro Expósito á Castilla,
El cielo vengador quiso encargarse.

Desde que allá de Salas en la villa,
Y en el palacio del anciano padre
Halló á Mudarra, y recibió su reto,
Temblando el orgulloso Rui-Velazquez;

Huyó la corte, y en su propio alcázar
A dos leguas de Burgos, sin mostrarse
Sino á sus confidentes, encerróse;
Combinando tal vez inicuos planes

Para impedir el que tuviese cima
La batalla aceptada á todo trance;
Pues que legitimado ya el mancebo,
Era de todo punto inevitable.

Mas pasó el mes de término, pasóse
La víspera también, y entre celajes
Bajó al ocaso el sol, que al otro día
Iba á prestar sus luces al combate.

Empezó triste y destemplada noche,
Nubarrones cruzaban por el aire,
Y una ligera niebla coronaba
Las torres del castillo de Velazquez,

Que sobre una colina y entre selvas,
Mole oscura se alzaba, de la márgen
Del Arlanzon vecino; y al reflejo,
Pálido y débil ya, de la menguante

Luna, que media faz sólo asomaba
De oriente tras las cumbres desiguales,
Divisábanse en la alta plataforma,
Al través del altísimo almenaje,

Dos ó tres hombres de armas, vagos bultos,
Que cual fantasmas de una en otra parte
Con paso igual y lento se movian:
Y de sus altas lanzas los remates

A veces fulgurando, asemejaban
Los fuegos fatuos que movibles arden
Encima de un sepulcro. Del palacio
En lo interior se vieron un instante

Cruzar varias antorchas; pero luégo
Cerrado el corredor y ventanaje,
Sólo en el edificio dos lumbreras
O claraboyas altas, circulares,

Con labores de piedra compartidas,
Mostraban dentro luz, y semejantes
A los ojos de un lobo, relumbraban
Al través de las sombras impalpables.

Eran ventanas de un salon, do ardia,
Reflejando en los timbres y follajes
Del dorado arteson, rojiza tea,
Y donde estaba solo Rui-Velazquez.

—Este, delgado y alto, y que tendria
Cincuenta años lo más, en su semblante,
Enjuto y macilento, demostraba
Temores, dudas é inquietudes grandes;

Y cruzados los brazos sobre el pecho,
Y embozado en su manto, á desiguales
Pasos la sala toda recorría,
Formando en suelo y muro una gigante

Sombra, que era mayor ó más pequeña,
Al venir á la luz ó al retirarse.
Mas como si el rumor de sus pisadas
Pudiese sorprenderle y asustarle,

Alguna vez apresuraba el curso,
Volviendo atrás el rostro. Otras pararse
Intentaba en mitad del ancho espacio,
La faz alzando á las labradas trabes

De la techumbre. Por acaso en ella
El humo de la antorcha y los esmaltes
De las toscas labores á sus ojos
Presentaban figuras espantables;

Pues lanzaba un horrisono alarido,
Al que el réprobo lanza semejante
Al tiempo de morir, viendo cerrados
De la Misericordia los umbrales.

El pequeño rumor á poco tiempo
Se oyó de lentos pasos acercarse,
Y sonar una puerta y otra puerta.
Aunque estaba seguro el personaje

De que sólo pudiera su valido
En hora tal y en sitio tal buscarle;
Se estremeció al pensar que alguien venia,
Y huyendo del salon hácia la parte

Más remota y oscura, con presteza
Se desembarazó de su ropaje
Y la daga empuñó. Pronto tres golpes
Se oyeron en la puerta; y á embozarse

Tornando en ronco acento: «¿Eres Rodrigo?»
Gritó. Y como de afuera contestasen,
«Rodrigo soy, señor, y vengo solo;—
Harto estaba ya, dijo, de esperarte:

»Entra y cierra tras tí;» y entró Rodrigo.
—Era uno de los dos que libertarle
Lograron del incendio del palacio,
Cuando del hijo en pos quiso abrazarse;

Y su primer valido y confidente,
Creciendo en el favor desde aquel lance.
La misma edad que su señor tendria;
Era de cuerpo chico y tosco empaque,

Su faz siniestra y áspera, sus ojos
En extremo mezquinos y vivaces,
Crespo y ralo el cabello, pero espesas
Las blanquecinas barbas; y su traje

Un sayo gris, con una doble cuera
Ceñida y ajustada sobre el talle
Por un cinto bordado, en que colgaban
Con una argolla diferentes llaves.

—Cerró al entrar la puerta, y en silencio
Junto al umbral quedóse. Rui-Velazquez
Se adelantó hasta en medio de la sala,
Y así hablaron los dos sin acercarse:

«¿Qué nuevas traes, Rodrigo? ¿Ha vuelto el
—Acaba de llegar en este instante.— ¿Zurdo?
¿Y qué noticias da?—Que Gustios Lara
Y su hijo, ó lo que sea, y Nuño, y Zaide,

»Con gran escolta y séquito, y á salvo
En Burgos han entrado á media tarde.—
¡Maldito el Zurdo sea!... ¡Los infiernos
Se abran, y como á suyo se lo traguen!

»¡Maldita la hora en que nació!... Y al Zurdo
¿Pudo su astucia y su valor faltarle
Sólo en tal ocasion?... ¿No le siguieron
Los bandidos del monte, esos infames,

»En quienes apoyó sus esperanzas
De poderme servir á todo trance?—
Sí, señor, lo siguieron; pero dice
Que ocurrieron despues dificultades...—

»Miedo, vileza, infamia, cobardía:
Mi venganza verán los miserables...
¿Me habrá el Zurdo vendido?... ¿Descubierto
Tal vez á alguno mis ocultos planes?...

»Muera esta noche.—Muera; pero advierte
Que es reservado, fiel, y que con nadie
Ha hecho nunca mencion de aquella empresa
A que fuimos los dos.—¿Le ha visto alguien

»Ahora al volver? ¿Habló?...—Varios le han
Mas con ninguno habló. Vino á buscarme (visto,
Al punto de llegar, y en mi aposento
Seguro le dejé bajo de llave.—

»Y ¿por qué no ha cumplido mis mandatos?
Dí, ¿qué disculpa da?—Que él propio os hable
Permitidle, señor, y por vos mismo
Con más exactitud...—¿Y ha de acercarse

»De noche ese ente vil á mi persona?—
Yo le traeré sin armas, y bastantes
Vos y yo, señor, somos contra un hombre
En cualquiera ocasion.—Anda á buscarle.»

Desapareció Rodrigo: su amo al punto
Que vió la puerta sin rumor cerrarse,
Abrió un armero que en la sala habia;
Una cota de malla impenetrable

Sacó, se la vistió con gran presura;
Desenvainó la daga relumbrante,
Y escondió entrambas cosas con cautela
Bajo del manto, en que tornó á embozarse.

Sonaron de allí á poco las pisadas,
Y en la puerta los golpes; y cual ántes
Preguntando, y oyendo por respuesta:
«Soy Rodrigo.—Entra pues,» dijo Velazquez.

Apareció otra vez el escudero,
Sin otra diferencia que notarse
El pomo de un puñal en su cintura,
Y el Zurdo entró tras de él, mudo y temblante.

Era un hombron robusto y de anchos hombros,
Cuyas toscas facciones dos señales
De horrendas cicatrices afeaban,
Y sobre un sayo de gamuza ó ante

Llevaba un peto mohoso y abollado,
Sin más grebas, manoplas ó brazales,
Ni arma ofensiva alguna, y se mostraba
Lleno de sangre y lodo. Quien lo hallase,

Por salteador del monte le tendria,
No por fiel servidor de tal magnate.
Pálido, confundido, silencioso
Clavó en tierra los ojos. Rui-Velazquez,

Observándole atento, así le dijo,
De furor concentrado su semblante
Dando, y sus ojos encendidos muestra:
«Hola, señor valiente, ¿qué nos traes?

»A ese viejo caduco y á su gente
¿Por qué en Burgos entrar salvos dejaste?...
Los bravos de que tanto blasonabas,
¿Qué han hecho? Habla... respóndeme, vergante.

»Habla, fruta mezquina de la horca,
Cuéntanos tu traicion, cuéntala, infame,
Antes que para hundirla en los infiernos,
Yo mismo el alma pérvida te arranque.»—

Diciendo así, acercóse algunos pasos,
Y dió un golpe tan duro sobre el jaspe
Del suelo con la planta, que al ruido
Crujió de la techumbre el maderámen.

A la luz roja de la opaca tea
Que aclaraba el salon, ya relumbrante
Ardiendo la resina, ya ofuscada
Con el humo y pavesas, personajes

Raros y de otro mundo aparecian
Los tres, que con aspectos desiguales
Ocupaban la escena. Sus tres sombras,
Que la luz dibujaba en los sillares

Del muro, acaso vagas é indecisas
Al undular la llama, acaso estables
Y en gigantesca proporcion, copiando
Los duros movimientos y ademanes